

EFRAÍN RÚA

EL GOL DE LA MUERTE

LA LEYENDA DEL NEGRO BOMBA Y LA TRAGEDIA DEL ESTADIO



PRÓLOGO

La tarde del 24 de mayo de 1964 apuraba mis pasos por la avenida España, en el Cercado de Lima y, tras recordar que ese día se jugaba un partido definitorio por el torneo preolímpico, me detuve frente a la línea del tranvía y me pregunté de improviso: «¿Al estadio o al oratorio?».

Ese día se enfrentaban las selecciones de fútbol del Perú y Argentina en un partido decisivo, pues del resultado dependía la posibilidad de que los locales alcanzaran uno de los dos cupos que le tocaban a Sudamérica en las Olimpiadas de Tokio.

Parado sobre la línea del tranvía, medité unos instantes. Ambos lugares no estaban lejos de allí. El coloso deportivo quedaba a unas pocas cuadras. Para llegar, me bastaba bordear la embajada de los Estados Unidos, avanzar por el Parque de la Exposición hasta alcanzar el Paseo de la República. El Oratorio de Breña se ubicaba en la cuadra dos del jirón Arica.

Intuí que, en esos momentos, el estadio ya estaría lleno. Cavilé unos instantes y me respondí: «Al oratorio». A esa hora, las calles estaban vacías, tal vez porque un frío invernal azotaba la ciudad y el viento batía los árboles frondosos de esa hermosa avenida que marcaría mi infancia.

Entonces, marché a uno de mis refugios preferidos. En el oratorio había aprendido a amar el fútbol, el juego en el que once hombres se enfrentaban a sus pares, en una medición de fuerza y de coraje, pero también de habilidad e inteligencia. Era un deporte que miraba con respeto porque tenía la convicción de que allí se batían los mejores.

Eran tiempos en que el fútbol era el pasatiempo de niños, jóvenes y adultos; ellos disputaban la pelota en las canchas y potreros de una ciudad que aún no había sido ganada por el hormigón y el cemento. En el oratorio había aprendido a dominar la pelota, a patearla con efecto y a controlar la fuerza del puntapié. Tal era mi fijación por el fútbol que podía pasarme horas y horas mirando disputar la pelota o jugar con ella, con los amigos que compartían idéntica afición.

Pasado el tiempo me preguntaría por qué esa tarde me dirigí al oratorio y no al Estadio Nacional. Tal vez fuera porque me gustaba el sabor del chocolate espeso que preparaban los padres salesianos llegados desde Italia, un brebaje cuyo recuerdo me asaltaría el resto de mi vida y que jamás volvería a saborear con idéntico placer. O tal vez fuera porque allí había aprendido a gustar de otra de mis aficiones, el cine, cuando todavía era posible ver una película sin que te interrumpiera el sonido de los celulares o el estallido del maíz reventando en las bocas.

El estadio era otro de mis lugares preferidos. Llevado por los amigos del barrio de la cuadra 13 del jirón Washington y atraído por las historias que me contaba mi padre, llegué al coloso de José Díaz con la misma reverencia con la que ingresé por primera vez a una iglesia. Allí me convertí en hinchas del Universitario de Deportes, en el que destacaban jugadores como el arquero Dimas Zegarra, el defensa José Fernández, el marcador Nicolás Fuentes y el entrea Ángel Uribe, un delantero que habría de recordar siempre por su carrera veloz, agitada, y su fuerte remate.

La garra de los jugadores, el coraje que mostraban en defensa de sus colores atrajo mis simpatías por la casaquilla crema. Pero al margen de que jugara mi equipo o no, llegaba al estadio cada vez que podía y me colaba gracias a los mayores o hacía «la segundilla», es decir, esperaba que los controladores se retiraran de las puertas faltando 15 minutos antes de concluir el partido, para poder ver a los mejores equipos de Lima y el Callao.

Al salir del estadio, sentía la vibración de quien se cree testigo de una gran batalla en la que, casi siempre, los mejores eran los ganadores. Como yo, muchos estaban convencidos de que más allá de la disputa por la pelota, el valor, la destreza y la agudeza eran las que ganaban la pelea en el terreno de juego.

Pero esa tarde me encontraba matando el tiempo en el oratorio mientras llegaba la hora de la salida de la procesión de María Auxiliadora, una peregrinación que recorría las calles de Breña y Jesús María y a la que solía acompañar en esos años cuando todavía creía en un salvador para un mundo salpicado de miserias.

Poco después de salir de la imponente basílica de la avenida Brasil, cuando estábamos cerca de la avenida 28 de Julio, pude divisar a los aficionados que retornaban a sus hogares. No sabía el resultado ni lo que había ocurrido al final del cotejo, pero me bastó observar los rostros consternados y abatidos para tener la certeza de que algo irremediable acababa de cernirse sobre todos nosotros.

Esta crónica es el recuento de esa obsesiva jornada que marcó la vida de miles de peruanos y que cincuenta años después no llegamos a descifrar en su exacta dimensión. Es la versión de decenas de aficionados que me contaron una experiencia que marcó sus vidas y, además, la reseña de una tragedia cuyas responsabilidades nunca se terminaron de esclarecer. El informe del juez que investigó los hechos fue vetado por las autoridades judiciales en un intento de sepultar la verdad de lo ocurrido.

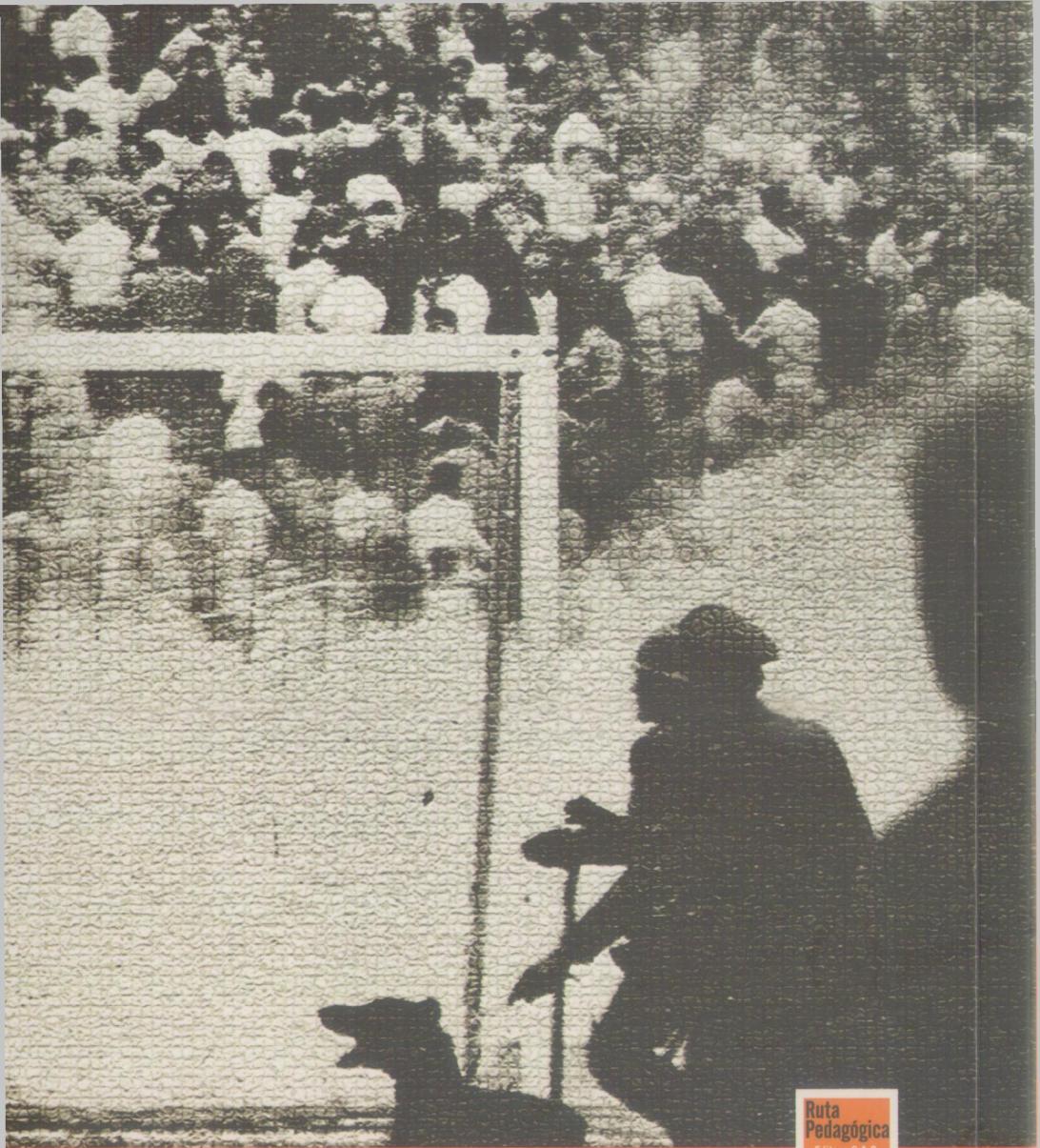
Esta crónica también intenta ser un homenaje a las víctimas anónimas de una tragedia que fue consumada con total impunidad porque, pese a lo que se diga, éste era y es un país fracturado, en el que cada quien vale lo que pesan sus bolsillos.

A 50 años de la tragedia es posible imaginar que la indignación de las tribunas populares por el gol anulado, el apaleamiento de los aficionados y el lanzamiento de las bombas lacrimógenas tenía raíces hondas en viejos atropellos e injusticias, en el recuerdo de

que gente más poderosa y ajena siempre nos hurtó lo que nos pertenecía, con el respaldo de los que guardan el orden en un país que aún tiene muchas deudas que saldar con la mayoría de peruanos.

Mayo 2014

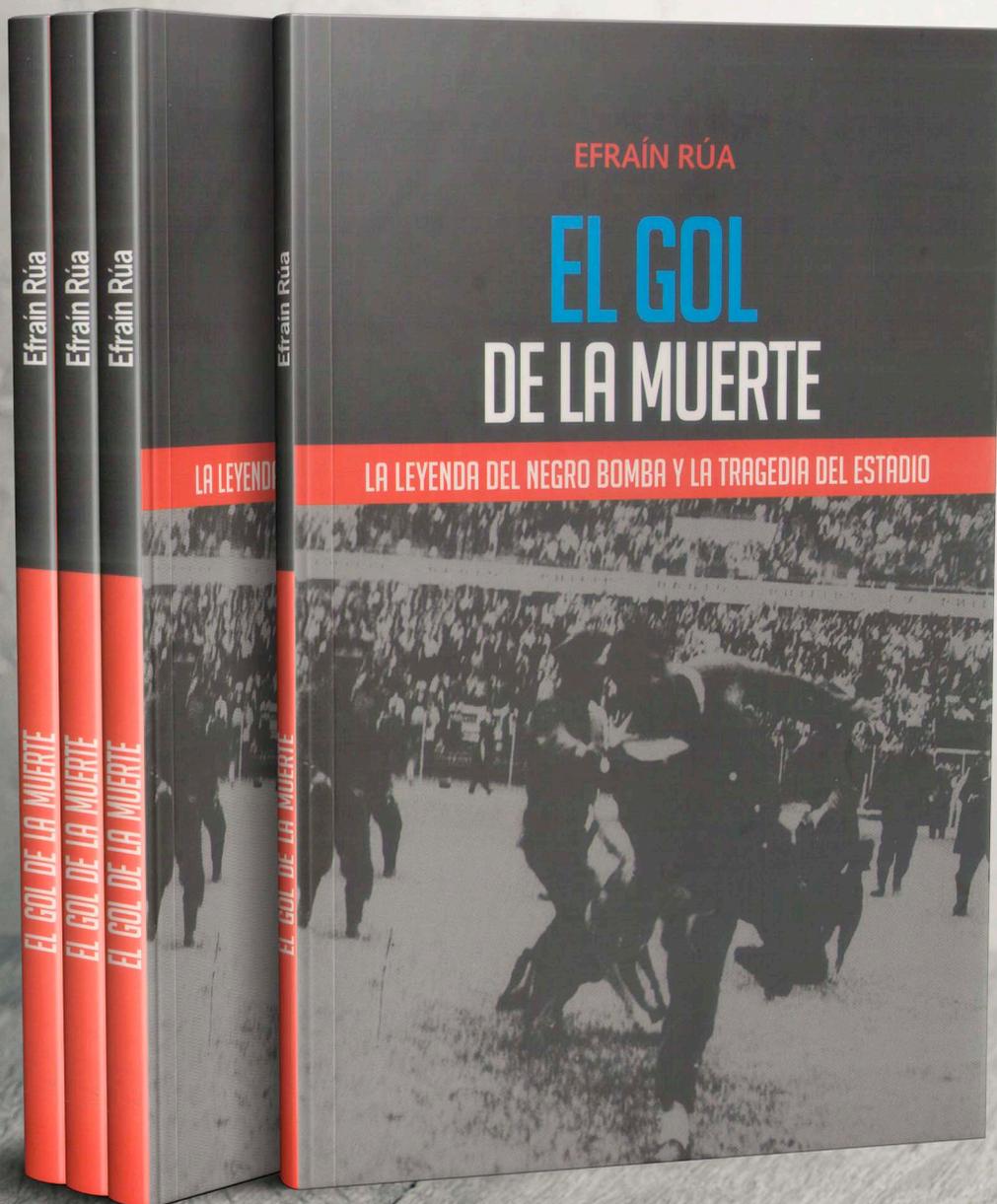
El autor



El 24 de mayo de 1964, un partido de fútbol entre los seleccionados de Perú y Argentina terminó con más de 320 aficionados muertos en el Estadio Nacional de Lima. Esta es la crónica de la imborrable tragedia, contada por sus protagonistas 50 años después.



9 786124 021398



OFERTA
S/. 30
LIBRO IMPRESO



**ENVÍOS A NIVEL
NACIONAL**

PEDIDOS:

993 258 125

944 787 051

info@acuedi.org

AL COMPRARNOS

LIBROS

CONTRIBUYES

CON EL DESARROLLO DE NUESTROS

PROYECTOS

WWW.ACUEDI.ORG

